
VIII CONCLUSION

El innegable relacionamiento que ofrece la comparación de uno y otro mensaje, alienta el retorno hacia los valores inmutables que permiten al hombre dominar los instintos preservando su condición privilegiada en la creación. Nunca en la historia de la humanidad la contienda y la injusticia dejó de violentar a la razón; de ello que siempre debió recurrirse al noble arbitrio de la conciliación, como vía exclusiva de serenar los espíritus desarmando la agresividad.

Si difícil es comprender la guerra, mayor es la entereza que requiere el hombre para sustentar la paz y la honorabilidad, cuando su mantenimiento se manifiesta no sólo en la pérdida de los dividendos políticos de los dirigentes, sino en la impopularidad a que condena la demagogia de los intereses partidarios. Difícil es, cuando su precio transita entre el reconocimiento de pequeñas faltas y el sacrificio espontáneo de grandes y prometedores proyectos de potencialidad. Difícil se hace, cuando por la paz debemos despojarnos del amor propio, las debilidades, la hipocresía, la arrogancia, para remplazarlos por la verdad y la justicia.

Y ésta es la correspondencia que por siempre la integridad se encarga de difundir en los corazones humanos, como una alabanza al amor, a la comprensión, a la solidaridad, que rebasan en amplitud y profundidad de su contenido a las glorias efímeras que ofrecen el empleo de la fuerza y el uso inmoderado del poder.

Si se deja en libertad el sentir íntimo de la imaginación, puede producirse un alto a la vera del camino azarosamente recorrido, para gozar de una brisa reconfortante a la que hagamos depositaria de la inquietud que tanto nos aflige:

Brisa, que en eterno viaje recoges conturbada
la mutable experiencia de la condición humana,

detén por un instante ese trayecto que te afana
y escucha una breve historia, de amor acrisolada.

Quiso Dios que el hombre compartiera su semejanza,
encontrando por sí el valor de los dones divinos,
pero el hombre, perenne insatisfecho en sus destinos,
en el propio hombre reniega el precio de la enseñanza.

Hoy la paz y la guerra se confunden tenebrosas
armando cruelmente a un mundo carente de sustento,
mientras el imán del poder obceca el pensamiento
en la búsqueda humillante de glorias presuntuosas.

El impudor de la fuerza tienta a los gobernantes
atrapándoles con sus prietas redes extendidas;
seduce con lujuria y prebendas envilecidas,
instando a sueños de fama y triunfos delirantes.

Los hombres se embriagan con la visión de su opulencia
ante la que se sienten supremos y omnipotentes;
“Porque esta vez”, se dicen en derroches displicentes,
“barremos al resto y le impondremos obediencia”.

Pero, cuando la abyecta fuerza se extravíe en el poder
y la presión alcoholizante se haya diluido,
la locura de la triste noche se habrá extinguido
para recibir la clara luz de un nuevo amanecer.

“¿Y dónde está tu historia”, la brisa nos dirá mordaz,
“Todo lo dicho es cierto, pero se vuelve a comenzar;
el hombre retorna al hombre, sin dejarle de acechar.
Cuántas veces habré escuchado: ¡desde hoy sólo la paz!”.

El amor, oh brisa lo sentimos, por fe y caridad.
Si hay hombres que sucumben ante la primera ambición,
Hay en cambio portadores de la reconciliación
que en sí sienten la pureza de lo que es fraternidad.

¡Paz!, no nos olvides por seres que ignoran la razón,
todos deseamos compartirte en bondad y abundancia
mostrando a la brisa que sabemos de tolerancia
y que hermandad no es un mito, simplemente es comprensión.

Cuando el mundo se descubra sin resabios de desdén,
restaurando nobles actitudes de honor genuino,
con sigilo la paz penetrará en nuestro camino
y en un cálido murmullo nos dirá, “¿Adivina quién?”.

Respondiendo así a la tímida esperanza de un quizás,
en medio de los hombres la augusta paz puede morar,
compartiendo nuestro gozo junto al fuego del hogar
y fundando el compromiso de no perderla jamás.

Esta breve historia de amor en que perseveramos,
la brisa puede entenderla tal vez como perdida,
pero toda ella es valor, certeza y aun plena vida
si al fin fieles al Creador, por la paz nos rencontramos.

Concluyendo, debe tenerse presente que toda la realidad que es el hombre hoy, en su deslumbrante avance tecnológico, en sus extraordinarios descubrimientos científicos, en las magníficas creaciones de su arte, es también realidad en los tremendos padecimientos y vicisitudes a que lo somete el propio hombre en su sed incontrolada de dominación. A la corrección de esta patología es, finalmente, hacia donde se encaminan las valiosas enseñanzas de Confucio y, en época más reciente, el vibrante relato poético de José Hernández. El profundo legado que uno y otro transmitieron a la posteridad, constituye un espejo en que todo hombre responsable debe reflejarse íntimamente. La severidad con que asuma la respuesta en la imagen proyectada, ha de contener, sin duda, una clara referencia a la auténtica medida de su pudor.

Creo que es oportuno recordar una muy antigua metáfora china que, indicando la relación entre Verdad y Doctrina, dice: “Si tú no sabes dónde está la Luna, yo puedo señalarla con mi dedo y siguiendo la dirección indicada, tú encontrarás la Luna. Si no haces eso y en su lugar te concentras en mi dedo, perderás totalmente a la Luna”.

Las reflexiones expuestas tienen la presuntuosa intención de asemejarse al dedo de la figura mencionada. No debe prestarse demasiada atención a las palabras con que se lo expresa, pero en lo que sirvan de orientación, síanlas para divisar en lo posible el significado de las comparaciones presentadas.



Se terminó de imprimir en el mes de mayo de 1996,
en Gráfica Integral, José Bonifacio 257, Capital Federal, Argentina.